

LA COMPLEJA PERSONALIDAD DE N. KASANTSAKIS. SUS RAÍCES

Cuando uno se acerca por primera vez a la figura de N. Kasantsakis llama la atención la controversia que suscitó el escritor y su obra durante su vida y años después de su muerte; todavía en la actualidad, la proyección cinematográfica de alguna de sus obras ha ido acompañada de una gran polémica. Efectivamente, N. Kasantsakis, autor de una extensa y variada producción literaria, poesías, novelas, obras dramáticas, ensayos, traducciones, fue un escritor polémico, objeto de grandes admiraciones y de enconadas críticas; un hombre dominado por un profundo, inquieto y doloroso sentimiento religioso cuya obra, sin embargo, fue duramente criticada por la Iglesia, lo que inevitablemente nos hace recordar a nuestro Unamuno; fue también un enamorado y ardiente paladín de la *dimotikí*, pero acusado, sin embargo, de escribir en una lengua difícilmente comprensible para el pueblo; un hombre tachado de comunista por unos y acusado de disidente por otros; un autor conocido ya y admirado en el extranjero mientras que era incomprensiblemente ignorado por gran parte de sus compatriotas y que murió en el exilio después de vivir durante once años en Francia.

Todas éstas son circunstancias que se dan en la vida de un hombre contradictorio, con una personalidad lo suficientemente rica e interesante como para ahondar en ella. Contamos para ello con una inestimable fuente de información en los recuerdos volcados por el autor en su última obra, especie de testamento espiritual, el "balance de su vida", como se ha titulado su traducción en algún país, en la que N. Kasantsakis habla con el corazón en la mano sobre su infancia y su andadura posterior, sobre sus héroes de niño y los profetas que iluminaron su vida después, sobre sus traumas infantiles y sus frustraciones de hombre. Nos referimos a su obra *Αναφορά στον Γκρέκο* que, en nuestra opinión, es el mejor de sus libros pues en él ha dejado a un lado los modelos, a veces estereotipados, de los héroes de sus tragedias y se nos descubre como protagonista de su propia vida dejando

al descubierto los problemas religiosos, éticos y políticos que llenaron su existencia¹.

Otra fuente de información directa que poseemos para profundizar en la personalidad de N. Kasantsakis es la copiosísima correspondencia que mantuvo a lo largo de su vida; poseemos cartas familiares: las escritas a sus padres cuando, terminada su primera enseñanza en Creta, fue a estudiar Leyes a Atenas y luego a París²; las cartas a su primera mujer Galatea, que cubren un período decisivo y crítico en la vida del autor, desde 1920 hasta 1924, años que vivió en Austria y Alemania³ y contamos, además, con una larga correspondencia con su segunda mujer Eleni⁴.

Tenemos, asimismo, más de cuatrocientas cartas dirigidas a su amigo, hermano y confidente P. Prevelákis que abarcan desde el año 1926 hasta la muerte del autor, cartas que constituyen un verdadero panorama de su vida, de sus inquietudes, de su quehacer como escritor y de su amargura por la incomprensión de que es objeto por parte de sus compatriotas al final de su vida⁵. Prevelakis es el cordón umbilical que, hasta la muerte del escritor, une a Kasantsakis con su país después de salir de él como exiliado.

Unamos a esta correspondencia un gran número de cartas a amigos y colaboradores: al sueco Borje Knöss, al profesor Kakridis, a Max Tau, a Jurmúsio, así como innumerables apuntes de sus diarios, sus conversaciones con Renaud de Jouvenel, con Manolis Yalurákis etc. etc., todo lo cual nos da un importante acervo documental para el estudio de la personalidad del escritor.

En este sentido, también puede obtenerse una interesante información a través del testimonio que proporcionan las personas directamente allegadas a él, como su primera mujer, la también escritora, Galátia Alexíu. En una de sus obras escrita después de la separación matrimonial presenta bajo nombres supuestos unos personajes tras los que se descubre a sí misma y a Kasantsakis y en ella se da una visión, quizá con cierta parcialidad, de los años de adolescencia del autor que tan fundamentales fueron en la formación de su personalidad⁶. Asimismo, resultan interesantes dos obras de Eli Alexíou, hermana de Galatia, en las que desvela los recuerdos de sus años de convivencia con Kasantsakis, durante la infancia de ambos en Creta y

¹ Cf. *Αναφορά στον Γκρέκο*, Atenas 1961.

² Cf. la revista *Καινούρια Εποχή*, 'Ανοιξη 1978, pp. 18-28.

³ Cf. *Επιστολές στη Γαλάτεια*, Atenas 1958.

⁴ Cf. *Kazantzaki el Disidente*, Barcelona 1974.

⁵ Cf. *Τετρακόσια γράμματα του Καζαντζάκη στον Πρεβελάκη*, Atenas 1984 (2).

⁶ Cf. *Άνθρωποι και υπεράνθρωποι*, Τσαλόνια s/d

posteriormente cuando convivió cierto tiempo con la pareja establecida ya en Atenas⁷.

A través de las fuentes citadas, y sin olvidar a los héroes de sus obras que no son sino una proyección de sí mismo, se refleja la compleja personalidad de N. Kasantsakis, que no resulta fácil definir. Hay muchos adjetivos que se nos ocurren para expresar distintos aspectos de ella: la de un hombre luchador, sensible, egocéntrico, frustrado, idealista, mesiánico, místico, utópico, y, sobre todo, un hombre atormentado.

El origen y la causa de esas facetas tan diferentes habrá que buscarlos tanto en el ambiente familiar de sus primeros años como en los mitos que iluminaron su vida posteriormente. Quizá parezca aventurado decir que las circunstancias en las que se desarrolla su infancia influyeron decisivamente en la personalidad del autor, pero nos parece que es ahí donde pueden encontrarse las raíces últimas de ciertos aspectos dominantes de su carácter. La existencia de una figura paterna con una personalidad extraordinariamente dominante, una educación religiosa represiva y un sentimiento patriótico exaltado son, en nuestra opinión, tres fuertes condicionantes de los primeros años de su vida.

Hay que admitir, desde luego, que existieron otras influencias y circunstancias posteriores también fundamentales, sobre todo la de los mitos que le guiaron en su madurez, Cristo, Nietzsche, Buda o Lenin, de las que no nos ocuparemos aquí, pero parece claro que las circunstancias expuestas modelaron ya en cierto modo su personalidad dejando un campo abonado y predispuesto para recibir el impacto posterior de ciertas ideas religiosas, filosóficas y políticas.

Así pues, nos detendremos a analizar aquellas raíces a través de las propias palabras del autor. Ahondando en la primera parte de su vida, lo que llama la atención como elemento distorsionante que deja en él una huella más clara, es la relación con su padre, un tipo de relación basada en sentimientos profundos y contradictorios de miedo, de admiración, de amor y de odio y, en gran parte, de envidia a un modelo a quien le será imposible imitar⁸.

Efectivamente, la figura paterna domina el entorno familiar durante la infancia de N. Kasantsakis; su desmesurado autoritarismo pesa sobre la madre y los hijos anulando sin duda la personalidad del autor. Si tenemos en cuenta sus propias palabras recordando las impresiones que quedaron

⁷ Cf. *Για να γίνει μεγάλος*, Atenas 1981 y *Γεννήθηκε για την δόξα*, Atenas 1983.

⁸ En esa idea coincidimos con uno de sus críticos, la escritora Lili Sográfos, quien afirma que el trauma paterno aflora en casi todas las facetas de su carácter y de su obra. Cf. su libro *Νίκος Καζαντζάκης, ένας τραγικός*, Atenas 1959.

grabadas en su infancia, hay que pensar que la influencia de su padre fue decisivamente traumática en aquellos primeros años y perduró hasta su muerte. "En mi vida sólo he temido a un hombre: a mi padre. Cuando era niño, levantaba los ojos, le miraba y me parecía un gigante; cuando me hice mayor, todas las cosas a mi alrededor se empequeñecieron: hombres, casas, árboles; sólo él permanecía como un gigante, tal como lo veía de niño; se alzaba ante mí como una torre ocultándome el sol; no me sirvió de nada escapar de la casa paterna, de la cueva del león; viajé, me lancé a difíciles empresas espirituales, pero, siempre, entre la luz y yo estaba su sombra. Siempre he caminado bajo un continuo eclipse de sol"⁹.

En sus recuerdos aparece intensamente grabado el ambiente familiar tenso y sombrío, el carácter hosco, adusto, tiránico del padre, un verdadero δράκος, incapaz de una palabra tierna con el hijo o con su mujer; frente a eso, se manifiesta el amor y la admiración por su madre, una figura silenciosa y sumisa, una verdadera santa en palabras del autor. "Mi infancia estuvo llena de un ambiente amargo, porque mi padre, que tuvo una gran influencia sobre mí, no era hombre, era una fiera"¹⁰. En otro pasaje leemos: "Mi madre era una santa mujer; ¿cómo pudo durante cincuenta años sentir junto a ella la respiración y el aliento del león sin que se le partiera el corazón?"¹¹.

Así pues, tenemos que admitir que la figura del padre marcó una huella profunda en la vida del autor. Cuando N. Kasantsakis, precisamente en una de sus estancias en España, recibe la noticia de su muerte, sufre una fuerte impresión que le empuja a viajar sin descanso de un lado a otro sin sosiego. En una carta que escribe a Prevelakis unos días después leemos: "Recibí tu telegrama; inmediatamente huí presa de un impulso inexplicable; necesitaba cansarme, agotar mi cuerpo para liberarme un poco. No era amor, algo más profundo, más primitivo, como si se hundiera en la tierra un gran pedazo de mi cuerpo, como si unas raíces profundas me arrastraran a tierra antes de tiempo"¹².

En nuestra opinión, la problemática relación entre N. Kasantsakis y su padre ha quedado claramente proyectada en su producción literaria, sobre todo, en algunas de sus obras dramáticas; el enfrentamiento entre el tirano Perianto y su hijo Licofrón en la tragedia *Melisa*, donde se mezclan sentimientos de amor y rivalidad, o entre el anciano Chang y su hijo en la tragedia *Buda*, por citar sólo aquellas en las que se manifiesta más eviden-

⁹ Cf. Αναφορά, o.c. p. 572.

¹⁰ Cf. Τετρακόσια, o.c. nº 361.

¹¹ Cf. Αναφορά, o.c.p.40.

¹² Cf. Τετρακόσια, o.c., nº 169.

tentamente, parecen ser un reflejo de las propias vivencias del autor. Nos parece muy significativo el hecho de que en el desenlace de ambas tragedias se da la misma actitud de desprecio y el comportamiento cruel y en cierto modo revanchista del hijo frente al autoritarismo paterno.

Otra circunstancia que marcó seguramente desde niño la personalidad del autor, debió de ser la situación particular en la que se encontraba Creta, ocupada aún por los turcos. El ambiente de constante peligro en el que vivían, la lucha por la libertad que alentaba en los cretenses y que tan fielmente dejó plasmada el autor en su novela *Ο Καπετάν Μιχάλης* cuya figura protagonista estaba inspirada en su propio padre, debió de quedar profundamente grabada en la infancia de N. Kasantsakis: "Sin aquella lucha", dice, "mi vida habría tomado otro camino y Dios, estoy seguro, habría tenido otro rostro"¹³.

Efectivamente, aquella lucha debió de producir en el niño una exaltación del sentimiento de orgullo por su tierra que mantuvo el autor hasta el final de su vida. N. Kasantsakis es cretense por encima de todo, antes que griego. "Nosotros somos cretenses", le dice a su amigo y compatriota Prevelakis, "diferentes de algún modo a europeos y griegos; somos africanos, tenemos un alma que es toda ella una llama, toda ella es Greco" dice haciendo referencia a la pintura de su compatriota con la que se sentía tan identificado.

Creta es para nuestro autor el crisol donde se fundieron Oriente, Occidente y Africa. "Mi cerebro", dice, "es occidental, el impulso que me empuja hacia arriba es la llama oriental y mi corazón es africano"¹⁴. A veces le gusta hablar de sus posibles ancestros árabes, cuando explica que el nombre de su pueblo paterno "Varvaros" explicaría su origen, por ser probablemente un reducto de los árabes que, procedentes de España, ocuparon la isla y fueron luego expulsados por el emperador Nicéforo Focas en el siglo X.

Pues bien, la lucha contra la ocupación turca que soporta la isla parece que imprime en N. Kasantsakis la exaltación del sentimiento de libertad que mantuvo siempre bajo cualquier faceta. "En el mundo, dice, existe un bien más valioso que la vida, más dulce que la felicidad: la libertad"¹⁵. Asimismo, el ser cretense le crea un acusado sentido de responsabilidad en la vida; efectivamente, la palabra *χρέος* la encontramos constantemente repetida como norma de su propia vida y en boca de los héroes de sus obras. Este sentimiento, a juzgar por sus palabras, fue inculcado también por su padre.

¹³ Cf. *Αναφορά*, o.c. p. 81.

¹⁴ Cf. Conversación con Renaud de Jouvenel en la revista *Νέα Εστία* nº 848, p. 1578.

¹⁵ Cf. Conversación con Renaud de Jouvenel en la revista *Νέα Εστία* nº 848, p. 1583.

Recuerda el autor que, cuando en la última insurrección de Creta contra los turcos decide aquél sacar a su familia de la isla y a él lo lleva a Naxos para dejarlo en un colegio católico, se despide con estas palabras: "Tengo fe en la sangre que corre por tus venas, es la sangre cretense". Es lástima que no sirvas para las armas, estás destinado para las letras, qué le vamos a hacer, ése es tu camino, síguelo, aprende letras para que ayudes a Creta en su liberación; ése es tu objetivo"¹⁶. "No olvides que eres cretense y que tu cerebro no es tuyo sino de Creta; úsalo cuanto puedas para que ayudes tú también un día a Creta a liberarse; no me avergüences"¹⁷.

Todas estas exhortaciones que Kasantsakis pone en boca de su padre en sus recuerdos, debieron de desarrollar una conciencia de responsabilidad extraordinaria en un muchacho de catorce años; "Sentí sobre mis hombros todo el peso de Creta", dice recordando su estancia en aquel colegio; "si no aprendía bien una lección, si no entendía bien un problema de matemáticas, si no era el número uno en un examen, Creta quedaba en vergüenza. No tuve nunca la despreocupación, la inconsciencia, la irresponsabilidad de un niño; miraba a mis compañeros jugar y reír y los envidiaba; yo también quería reír y jugar, pero Creta estaba en guerra y corría peligro. Y lo más terrible, era que los profesores y compañeros no me llamaban ya por mi nombre, me llamaban "el cretense", y aquello me recordaba aún más fuertemente en cada momento mi responsabilidad"¹⁸.

El orgullo y la responsabilidad por ser cretense lo encontramos en N. Kasantsakis durante toda su vida. En una carta a Markidis, leemos palabras exaltadas de amor a Creta "Bendigo a Dios por haberme hecho nacer cretense; creo que no amo nada en el mundo como a Creta; cuando pienso en ella, juro no cometer nunca en mi vida ninguna acción baja para no avergonzarla"¹⁹.

Otro condicionante fundamental en la formación de la personalidad de N. Kasantsakis puede ser también la estricta formación religiosa que recibió, primeramente junto a sus padres durante su infancia y posteriormente en el colegio católico de Naxos en su adolescencia. La religión que impresiona su sensibilidad de niño es rígida y represora, religión de dogmas, prohibiciones, martirios e Infierno que, en nuestra opinión, debió de provocar en él un sentimiento de temor al pecado y al castigo que éste lleva consigo, sentimiento que constituye una preocupación obsesiva en sus obras.

¹⁶ Cf. *Αναφορά*, o.c., p. 114.

¹⁷ Cf. *Αναφορά*, o.c. p.119.

¹⁸ Cf. *Αναφορά*, o.c. p.119.

¹⁹ Cf. *Καινουργία Εποχή*, 'Ανοιξη 1978, p.80.

Hay alguna anécdota que el propio autor cuenta de entre sus recuerdos de niño y que puede ser indicativa de esa visión religiosa un tanto deformada: "un día en que, hablando con mi madre, me enteré de que, siendo niño, había mamado en miércoles y viernes, de que había bebido leche en aquellos días santos, rompí a llorar"²⁰.

La vida de los mártires, de los santos, de los eremitas, que oía o leía siendo niño dejaron profunda huella en su corazón; los iconos que contemplaba en la iglesia donde aparecen representados los tormentos a los que eran sometidos aquellos parece que se le quedaron grabados y desarrollaron en él un ansia de imitación y de aspiración a la santidad. En su último libro dice al respecto: "Mi ansia primera fue la libertad; la segunda, que quizá todavía se mantiene oculta dentro de mí y me tortura, es la sed de santidad"²¹.

Posteriormente fueron otro tipo de santos los que atrajeron al escritor, aquellos que luchaban contra los infieles, montados a caballo y con la cruz como estandarte personificando el ideal de heroísmo y santidad unidos. "Héroe y santo al mismo tiempo, he ahí el más alto ideal del hombre; desde niño había fijado sobre mí en el azul del cielo ese ideal"²². Y leyendo el teatro de N. Kasantsákis observamos que, efectivamente, los héroes que busca como protagonistas de gran parte de sus obras reúnen aquellas cualidades. Nicéforo Focás, Constantino Paleólogo, Juliano o Cristóbal Colón son un exponente de la personificación de los propios ideales de heroísmo y santidad a los que aspiraba el autor.

La visión del cristianismo reflejada en las palabras de N. Kasantsakis como una religión que llena al hombre de represiones, le anula la alegría de vivir y condena los goces del amor, debió de condicionar la vida personal del autor y posiblemente también su relación con las mujeres a las que amó, a juzgar por lo que se desprende de alguna de sus obras²³. Son muy significativas sus palabras con referencia a este tema: "El Cristianismo, al estigmatizar como pecado la unión de un hombre y de una mujer, la envileció y, mientras que antes era una acción santa, una alegre aceptación de la voluntad divina, se convirtió en pecado para el alma atemorizada del cristiano. El amor era una roja manzana antes de Cristo; vino Cristo y un gusano se metió en la manzana y se la está comiendo"²⁴.

Así pues, de las circunstancias en las que se desarrolla la infancia y la adolescencia de N. Kasantsakis, creemos que son los tres aspectos analiza-

²⁰ Cf. *Αναφορά*, o.c., p.86

²¹ Cf. *Τετρακόσια*, o.c. Introducción p. κδ.

²² Cf. *Τετρακόσια*, o.c. Introducción p. κδ.

²³ Nos referimos a su primera novelita *Όφεις και κρίνο*, Atenas 1906.

²⁴ Cf. *Αναφορά*, o.c. p. 444.

dos hasta aquí los que afloran de modo evidente en distintos aspectos del carácter del escritor. Nos referimos a su misantropía, a su ascetismo, el sentimiento trágico de la vida del hombre "un odre lleno de sudor y lágrimas atrapado en las redes de la fatalidad", como dice en su tragedia *Buda*. Nos referimos también a su mesianismo, su admiración por los líderes y su entusiasmo por la acción, aspectos que presentan como contrapartida la frustración e insatisfacción del autor por ser hombre de letras y no ser capaz de emularlos.

Aquellos condicionantes podrían explicar también actitudes aparentemente contradictorias en diferentes circunstancias de su vida; porque N.Kasantsakis ama al hombre y, sin embargo, parece en ocasiones despreciar a los hombres; ama la soledad pero ansía continuamente viajar; ama a las mujeres pero su relación con aquellas que estuvieron más cerca de él fue extraña y traumática. Por otro lado, desde el punto de vista de su actitud ante la ideología política, es clara su exaltada admiración por Lenin, uno de los mitos que iluminaron cierto período de su vida pero, sorprendentemente, también leemos palabras de admiración por Musolini y no encontramos en sus escritos ninguna condena del fascismo; se siente entusiasmado por la Revolución rusa, pero no admite la dictadura del proletariado.

Analizaremos, aunque sea someramente, algunas manifestaciones de esa interesante personalidad basándonos sobre todo en las palabras y las actitudes del autor. En su aspecto externo, Nikos Kasantsakis se nos muestra como un hombre sombrío, callado, taciturno en opinión de quienes lo trataron. Y el propio autor parece que se siente identificado con esta imagen, pues en una carta que escribe a Prevelakis desde España leemos: "Dos o tres veces por semana voy al Prado, miro y remiro despacio lo que me gusta. No me canso de contemplar el "Carlos V" de Tiziano; tal como aparece destacando sobre el fondo oscuro, pálido, cansado, rígido, me recuerda mucho a "El Soldado" de Rembrandt. Aquella figura está muy honda dentro de mí, como si contemplara mi alma. Esas son mis dos personificaciones secretas; cuando los miro, siento un escalofrío como si viera mi verdadero rostro en unas aguas profundas y recónditas"²⁵.

En cuanto a su carácter, el autor lo considera como una mezcla de elementos contradictorios: dureza, obstinación, aspereza por un lado; bondad, comprensión y tolerancia por otro. Ello es producto, en su opinión, de los elementos tan diferentes que conformaban la personalidad de padres: "En mi sangre, mis dos progenitores; el uno amargo, duro, adusto: mi madre tierna, buena, santa,durante toda mi vida ésta sería mi lucha: reconcili-

²⁵ Cf. *Τετρακόσια*, o.c. p. 162

liarlos para que uno me diera su fuerza y el otro su ternura y para que la discordia entre ellos, que estalla sin cesar dentro de mí, se convirtiera en armonía en el corazón de su hijo.²⁶

Esa contradicción que encuentra Nikos Kasantsankis en su interior parece proyectarse en una lucha entre lo apolíneo y lo dionisiaco; el autor tiene una visión del mundo y de la vida desde dos polos opuestos: acción y contemplación, lo heroico y lo picaresco, el gozo y el ascetismo. Nikos Kasantsakis es un alma inquieta incendiada por una llama que, según él, le devora y le quema y no le permite reposo. El propio autor confiesa la profunda lucha interior que fue la constante de su vida: "Desde mi juventud, la principal lucha de donde partirían todas mis alegrías y todas mis amarguras es esta, la lucha incesante y despiadada entre el espíritu y la carne..... Una lucha terrible; amaba a mi cuerpo y no quería que se desperdiciara; amaba a mi alma y no quería que se envileciera; luchaba por hermanar aquellas dos fuerzas cosmogónicas para que comprendieran que no son enemigas sino compañeras, y que gozaran, y yo con ellas, de la armonía²⁷.

Esa lucha que le domina es expresada por el autor con el término *ανήφορος*, que representa la ascensión continua del hombre para convertir la carne en espíritu. "Una sola palabra me tiranizó siempre y me torturó toda mi vida: la palabra *ανήφορος*. Cada hombre que se considere digno hijo del hombre, levanta su cruz y asciende a su Gólgota, quiero decir, hasta la cima de su responsabilidad, para ser crucificado, para resucitar y salvar así su alma²⁸. Esa será también la lucha que se repetirá constantemente en los héroes de sus obras dramáticas tiranizando también a sus protagonistas.

En una carta a Prevelakis vuelve a expresar lo que esa lucha torturada significa en su vida: "para poder soportarla y no enfermar o quitarme la vida, he intentado hasta ahora muchos trucos en mi vida, porque siempre me pareció que el bien más alto y más digno era la heroica y disciplinada continuidad en la lucha. Mantuve en tensión mi cuerpo todo cuanto pudo aguantar, lo convertí en sumisa cabalgadura de lo que le exigiera el jinete; después, eché unos cuantos huesos en la boca inferior del alma para saciarla y me dejara escuchar con claridad a la parte más elevada y silenciosa de mí; a estos huesos los hombres los llaman: amor, orgullo, moral, estudios, viajes, arte. Así he podido resistir hasta ahora"²⁹.

²⁶ Cf. *Αναφορά*, o.c. p.59

²⁷ Cf. *Αναφορά*, o.c. p. 347.

²⁸ Cf. *Αναφορά*, o.c. p. 15.

²⁹ Cf. *Τετρακόσια*, o.c. , nº123

N. Kasantsakis es, pues, un espíritu en combate "La vida es lucha", dice, "la tierra es el campo de batalla, la victoria es tu única obligación; no duermas, no rías, no hables, tu único objetivo es la lucha"³⁰. Pero lo que llama la atención en este concepto, es que parece que no es relevante el objetivo; lo importante es la lucha en sí misma, concepto discutible y causa de frecuentes críticas contra lo que parecía una ambigüedad ideológica en el escritor.

En uno de los artículos que escribe desde España como corresponsal de guerra, leemos algo que expresa muy bien esta idea: "Permita Dios, es decir, la Fatalidad y la Casualidad, que muchos de estos jóvenes se conviertan en fervientes revolucionarios y otros en fanáticos conservadores; así será posible que ambos campos se organicen a sí mismos con fe de modo que la batalla estalle con el máximo de fuerza"³¹; y un poco más adelante dice: "La Idea, ¡qué cosa más insignificante ante estos ojos españoles negros y enloquecidos! Una vez más comprendí que lo que cuenta no es el "qué", sino el "cómo", sólo esto merece consideración"³². Es evidente que lo que atrae a nuestro autor son las almas ardientes, sean del signo que sean; es la rebeldía en sí misma la causa de su admiración; está claramente expresado en sus palabras: "Todos los hombres ardientes, virtuosos o malvados, entrarían en mi Paraíso. Todos los fríos, virtuosos o malvados, irían a mi Infierno. Y los fríos y virtuosos estarían en el mismísimo fondo del Infierno"³³.

Otro aspecto que llama la atención en N. Kasantsakis es su mesianismo. "Fui destinado como un nuevo Sócrates", dice en el epílogo de su último libro, "a salvar a los hombres de la rutina y la mediocridad; les empujé hacia adelante sin hacer caso de su oposición; eran gorriones y yo quería convertirlos en águilas"³⁴. En otro pasaje de la misma obra dice: "Toda mi vida luché para elaborar una gran idea que pudiera dar nuevo sentido a la vida, nuevo sentido a la muerte y proporcionara consuelo a los hombres"³⁵.

Las inquietudes mesiánicas de N. Kasantsakis tienen su primera manifestación cuando en el viaje que realizó al Monte Atos con Anguelos Sikelianós, se despertó en él el deseo de dar al mundo una nueva visión del cristianismo librándolo de represiones y fanatismos. Posteriormente, tuvieron su eclosión durante su estancia en Berlín donde entró en contacto con los primeros movimientos de protesta social que estallan tras la revolución

³⁰ Cf. *Αναφορά*, o.c., p. 189.

³¹ Cf. N. Kasantsakis, *España y viva la muerte*, Madrid 1977, p. 74.

³² Cf. *España*, o.c., p. 75.

³³ Cf. *España*, o.c. p. 74.

³⁴ Cf. *Αναφορά* o.c. p. 595.

³⁵ Cf. *Αναφορά*, o.c. p. 570.

rusa y que despertaron su entusiasmo. Allí se sintió llamado a participar en la acción despertando la conciencia de los rusos con su palabra; pensó que aquel era el campo abonado para inflamar al hombre con la llama que a él le abrasaba.

En las cartas de esa época existen abundantes testimonios de aquella inquietud: "¿Qué podría hacer? El mundo se ha podrido, hay que sembrar de nuevo. Nunca ha estado la tierra tan honda, tan dolorosamente labrada como hoy; todo está a punto, ¿qué falta? ¡La simiente! Siento que tengo entre mis manos la simiente como si fuera una granada. Ay, si yo pudiera, rompiendo los límites de la lógica, lanzarla sobre la tierra del hombre!"³⁶.

Junto a su afán mesiánico encontramos como contrapunto frecuentemente el sentimiento de frustración por no poder llevar a término aquellas ansias. Kasantsakis parece estar lleno de una tremenda angustia e insatisfacción de sí mismo y de su propia vida por no lograr ser el hombre de acción que deseaba. El, que admira a esos líderes capaces de transmitir su entusiasmo y su fuego interior a las masas, es consciente de su incapacidad para vencer su timidez y ponerse frente a un público. Sobre este sentimiento de frustración leemos en una carta: "Todas las ideas las tengo claras en mi mente, pero me falta la fuerza necesaria para dar el paso y vencer el sentido del ridículo, ¿Es que no voy a poder nunca? Si es así, mi vida será profundamente amarga"³⁷.

En otra carta, también dirigida a Galatea, leemos más reflexiones del autor al respecto: "No soy un hombre valioso todavía. Digo "todavía" no por cobardía, sino porque lucho por vencer mi incapacidad. Soy muy capaz de encontrar lo que conviene, de inflamar algunas almas, de iluminar algunos cerebros. Pero soy incapaz yo solo de entrar en contacto con los hombres, de luchar con la indiferencia, con el sentimiento del ridículo, con las pequeñas cosas de todos los días"³⁸.

N. Kasantsakis se siente frustrado por tener que resignarse a ser escritor en lugar de un hombre de acción, de trabajar con palabras y no con hombres. En su último libro manifiesta claramente cierto desprecio por su quehacer en la vida: "He hecho lo que más despreciaba: saciar mi hambre con papel como las cabras".³⁹ Y vuelve a sus traumas infantiles cuando dice: "He ahí, por qué, en lugar de ser un gran luchador en la acción, me vi obli-

³⁶ Cf. Carta a su amigo Papastefánu en L. Sográfu. *N. Καζαντζάκης, ένας τραγικός*, Atenas 1981 (4^a), p. 195.

³⁷ Cf. *Επιστολές στη Γαλάτεια*, o. c. nº 51.

³⁸ Cf. *Επιστολές*, o. c. nº 41.

³⁹ Cf. *Αναφορά*, o. c. p. 463.

gado, por miedo a mi padre, a escribir sobre aquello que habría querido hacer; mi sangre me la había convertido en tinta".⁴⁰

Es sobre todo en sus años de estancia en Alemania donde encontramos numerosas expresiones de esta angustia, de insatisfacción por el quehacer de su vida, por su lucha entre su deseo de escribir y su sentido de responsabilidad hacia el mundo que le empuja a actuar: "Me avergüenzo de mi vida tan burguesa, tan cómoda, de mi habitación caliente, de mi ropa. Me siento avergonzado de que, en este momento horrible en que el alma del mundo está en peligro, yo cojo la pluma y enjareto palabras"⁴¹. Y en otra carta a su mujer le dice: "Quizá cuando haya escrito obras y me haya liberado de las imágenes poéticas que me pesan, podré estar listo para cumplir con mi obligación: sumergirme en la inquietud y la esperanza y trabajar entonces no con palabras sino con hombres"⁴².

Hay numerosos testimonios que evidencian estos sentimientos del escritor. Cuando tenía treinta y cinco años contesta a los reproches de Galatea "A menudo me dices que soy mayor y que aún no he hecho nada.... Sí, veo claramente que tienes razón..... me pierdo en la búsqueda, en trabajos efímeros, derrocho mi alma en pequeñeces y, cuando muera, nadie adivinará por mi vida y mis pobres escritos la amargura y las altas aspiraciones de mi alma"⁴³ El escritor no acaba de encontrar su camino en aquellos críticos años de Alemania: "Lucho, miro hacia adelante como Odiseo, sin saber si llegaré alguna vez a Itaca; ni siquiera sé si Itaca es el objetivo de mi viaje."⁴⁴

En una carta a su amigo Jurmusio se duele del mismo sentimiento de insatisfacción unos años después: "Un extraño lamento me abrumba en este momento en el que te escribo. Vuelvo la cabeza atrás y miro la vida y me apena la que se ha perdido, cuántas fuerzas se echaron a perder, todo lo que pude hacer y no hice nada.... Miro hacia adelante, ¿podré decir algo que tenga algún sentido antes de morir?"⁴⁵Y continúa con la misma angustia cuando escribe a Prevelakis desde Rusia: "Terribles interrogantes de dudas y de amargura desgarran mis entrañas; mi vida está echada a perder; no he respondido con nada de lo que podía y era necesario; estoy perdido entre filas de letras del alfabeto; doy papel a mi corazón para que se alimente como si fuera una cabra..... No estoy hecho para la poesía ni para

⁴⁰ Cf. *Αναφορά*, o.c., p. 572.

⁴¹ Cf. *Επιστολές*, o.c., nº 45.

⁴² Cf. *Επιστολές*, o.c., nº 41.

⁴³ Cf. *Επιστολές*, o.c. p. 79.

⁴⁴ Cf. *Επιστολές*, o.c. p. 150.

⁴⁵ Cf. *Θεώρηση του Νίκου Καζαντζάκη*, Τετράδια Ευθύνης, p. 181.

la meditación; reflexiones, palabras, belleza, me ahogan. Anoche, durante un momento en que logré armonizar unos versos, me sentí feliz; pero, inmediatamente, la repugnancia y el desprecio se apoderaron no de mi mente o de mi alma, sino de algo más fuerte que está dentro de mi corazón y me devora".⁴⁶

Otro aspecto llamativo de la personalidad de N. Kasantsakis es su misantropía, su amor a la soledad y su dificultad de relacionarse con la gente. Así lo leemos en repetidas ocasiones: "Siempre me produjo malestar el contacto con los hombres; estaba dispuesto a ayudarles con gusto en todo lo que podía desde lejos; a todos los amé y sufrí con ellos, pero de lejos. Cuando me acercaba a ellos, no podía aguantarlos durante mucho tiempo y ellos no podían soportarme; nos separábamos. Amo apasionadamente la soledad y el silencio y contemplar durante horas el fuego y el mar y no tener necesidad de ninguna otra compañía".⁴⁷

Existen continuas referencias en sus cartas a su deseo de apartarse en busca de soledad: "Si faltara Eleni, ahora mismo tomaría ya la decisión; no necesito en absoluto las ciudades, las conversaciones, los esfuerzos con los hombres y para los hombres. Soledad, soledad, pureza"⁴⁸. En otro pasaje leemos: "Algunas veces me domina la idea obsesiva de subir a un monte y no bajar más. No tenemos nada en común con los hombres; no los necesitamos, no nos necesitan".⁴⁹

Sin embargo, Nikos Kasantsakis manifiesta un ansia continua de recorrer países y conocer gentes. A lo largo de su vida viajó en varias ocasiones a España, Inglaterra, Francia, Alemania, Rusia, China, Japón, Palestina. Su ideal de vida lo expresa en una carta a Prevelakis: "Si pudiera vivir durante nueve meses en soledad y viajar durante otros tres, creo que sería exactamente lo que necesito. El contacto con los hombres, la vida en común no me enriquecen, son cosas inútiles y que envilecen. Mucha soledad, un rápido torbellino y de nuevo soledad; ése es mi ritmo".⁵⁰

En la misantropía de N. Kasantsakis puede apreciarse no sólo ansia de soledad sino otro aspecto de su personalidad que ha sido objeto de crítica: nos referimos a un cierto sentimiento de superioridad con respecto al común de los hombres, sentimiento que, por otro lado, se manifiesta claramente en los protagonistas de sus tragedias. En el epílogo de su último libro, en sus consideraciones finales, escribe: "Durante mi vida, mi relación

⁴⁶ Cf. *Τετρακόσια*, o.c. nº 66

⁴⁷ Cf. *Αναφορά*, o.c., p. 459.

⁴⁸ Cf. *Τετρακόσια*, o.c. nº 169.

⁴⁹ Cf. *Τετρακόσια*, o.c. nº 162.

⁵⁰ Cf. *Τετρακόσια*, o.c., nº 171.

con los hombres no fue de grandes entusiasmos; no amé a muchos, ya porque no los comprendí, ya porque los desprecié, ya porque no llegué a conocer a muchos a quienes mereciera la pena amar"⁵¹. Existe una mezcla de superioridad y paternalismo en sus palabras cuando dice: "No quiero a los hombres, me cuesta hablar con ellos, no soporto su ritmo indolente, perezoso; sin embargo amo al Hombre y respeto su oscuro y sangriento esfuerzo."⁵²

Y en diferentes cartas a Prevelakis se expresa del mismo modo: "Salud, tenacidad, rumbo espiritual, no quiero nada más, y éso no lo encontramos desde luego en los hombres. No les odio, me dan lástima y rechazo físico; son desgraciados e infelices más que malos. Son pobres víctimas de oscuras fuerzas independientes de ellos"⁵³. Más duramente se expresa refiriéndose a la apatía y pereza de sus compatriotas: "Los hombres son indolentes, perezosos, cobardes, no tienen fuego dentro. El tiempo es para ellos una ciénaga en donde se regodean con el gozo de los puercos. Todo contacto con ellos me ensucia"⁵⁴.

Kasantsakis es consciente de no ser aceptado, de no ser comprendido por mucha gente: "Me es difícil", dice desde Moscú, "hablar y escribir aquí porque los hombres son simples; sólo necesitan unos pocos dogmas rudimentarios y la lucha de mi alma les resulta odiosa"⁵⁵. Y ya en la última parte de su vida, escribe desde Francia: "He visto aquí a antiguos amigos; no tengo ya ninguna relación con ellos; me fastidian; les resulto molesto. ¿Qué hago con ellos? Mejor estar solo"⁵⁶.

Hay que decir, sin embargo, que tuvo a lo largo de su vida amistades profundas, al margen de ciertas diferencias ideológicas: Stavridakis, Sikelianós, Panait Istrati y, sobre todo, Prevelakis de cuya larga y honda amistad tenemos testimonio en numerosas cartas en las que sus expresiones de afecto delatan un corazón capaz de sentimientos de profunda ternura.

Hacia el final de su vida hay una gran amargura en el escritor por el aislamiento, la indiferencia y los ataques de que es objeto por parte de sus compatriotas. A propósito de su candidatura al premio Nobel dice a Prevelakis: "Cada año llueven cartas contra mí a la Academia Sueca (tengo copias), y ningún amigo griego se atrevió a enviar una carta para decir que

⁵¹ Cf. *Αναφορά*, o.c., p. 595.

⁵² Cf. *Επιστολές*, o.c., nº 75.

⁵³ Cf. *Τετρακόσια*, o.c. nº 172.

⁵⁴ Cf. *Τετρακόσια*, o.c. nº 195.

⁵⁵ Cf. *Τετρακόσια*, o.c. nº 61.

⁵⁶ Cf. *Τετρακόσια*, o.c. nº 104.

soy un hombre digno y que mi obra no se compara con ninguna otra", y termina diciendo "No me preocupan los enemigos, me preocupan los amigos; creo que durante muchos años permanecerá la vergüenza intelectual para los griegos"⁵⁷. Se duele, sobre todo, de no serle permitido volver a Creta hasta después de su muerte.

Allí, en la muralla que rodea su Iraklio natal, en la soledad que siempre anheló y mirando a lo lejos el mar por el que tanta fascinación sintió, reposan los restos de N. Kasantsakis, el "ακροβάτης πάνω από το χάος", como él mismo se definió, el "θερμός ατάραχος", como le califica Galatea, el hombre trágico, insatisfecho y atormentado por su propio yo, por su naturaleza, por sus ideales. Sobre su tumba, como epitafio, la *summa* del ideal de libertad al que aspiró su espíritu.

δεν ελπίζω τίποτα
δεν φοβούμαι τίποτα
είμαι λεύθερος

OLGA OMATOS

Universidad del País Vasco
c/ Marqués de Urquijo, s/n.
01006 Vitoria - Gasteiz

⁵⁷ Cf. Τετρακόσια, o.c. nº 380.